

mayor distancia, hasta extinguirse en la extremidad del radio. Os halláis todavía á muchas leguas de una de esas grandes ciudades y todo os anuncia que os aproximáis á ella. La convergencia de los grandes caminos, el tráfico de todos géneros, la mayor animación, regularidad y belleza que presentan las poblaciones, el mayor aseo de los trajes, la mejor cultura de los campos; en una palabra, un estado más ventajoso de todo cuanto sirve á las comodidades de la vida os indica la existencia y cercanía de uno de esos grandes centros de riqueza y circulación.

De aquí se infiere que si las capitales absorben, también comunican, y probablemente con usura; porque si es verdad, como indudablemente lo es, que la asociación es un manantial fecundo de adelantos de todas clases, verificándose esa asociación en las grandes capitales en escala mucho mayor que en ciudades pequeñas, es evidente que no hay sólo en ellas una fuerza que absorbe, sino que hay otra mucho mayor que produce. Como además esta producción tiene grandes necesidades que satisfacer, así por lo tocante á las materias primeras que le sirven de base, como por lo relativo á sus procedimientos y á la expendición de sus productos, resulta que muchísimos géneros encuentran salida que no la encontrarían en otra parte; que muchos brazos hallan ocupación que de otra suerte se verían precisados á permanecer inactivos; y que muchas atenciones se pueden cubrir con facilidad y baratura cuando á no existir las capitales sería preciso renunciar á ello. Además que la declamación contra las grandes ciudades es del género de aquellas que luchan con hechos indestructibles, y que por lo mismo son impropias de personas reflexivas, que despreciando lo inútil miran únicamente á lo que puede acarrear provecho. Desde que la civilización moderna ha tomado grande incremento, se ha visto una tendencia marcada al acumulamiento en las poblaciones. Los señores descendieron de sus castillos feudales, y se establecieron en las ciudades subalternas: de éstas pasaron á las capitales de provincia, de donde se trasladaron á la corte. El

curso seguido por los dueños de la riqueza territorial ha sido imitado por todos los poseedores de otra cualquiera, y así la misma naturaleza de las cosas ha creado esos centros que cada día tienden á engrandecerse más y más. Decís que Londres disminuye las demás ciudades de Inglaterra, así como París las de Francia, sin advertir que á la sombra de aquellas poblaciones colosales se han formado y se conservan otras, que serían dignas capitales de otros reinos. Si Londres no existiese, quizás no existirían Manchester y Liverpool; así como desapareciendo París menguarían Lion y otras ciudades de la Francia. En un país donde las poblaciones sean pequeñas, la que reúne trescientas ó cuatrocientas mil almas parece ya muy grande. En Inglaterra donde la capital encierra un millón y medio de habitantes, una ciudad de cuatrocientas mil almas pertenece á una categoría subalterna. Y es que el grandor es cosa relativa, así como la pequeñez: un hombre de estatura regular es un gigante al lado de un pigmeo, y un pigmeo al lado de un gigante.—*J. B.*

### SOBRE LA INSTRUCCIÓN DEL CLERO.

Los sagrados dogmas de la religión permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetos á mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias: y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, según han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos á quienes se había de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus inmedia-

tos sucesores hablaban un lenguaje distinto del que usaban los misioneros que se proponían convertir á los bárbaros del Norte; los jesuitas predicaban á sus neófitos del Paraguay en estilo muy diferente del de Bossuet, Massillon y Bourdaloue; y al lenguaje de unos ni otros no se parece el que oímos de Ravignan y Lacordaire. En la polémica con los enemigos de la Iglesia notamos la misma variedad. Hay diferencia muy palpable entre las obras de San Jerónimo y de San Agustín, y las de estos Santos Padres y las de Santo Tomás; entre las de Belarmino y las de los doctores de los siglos medios; entre las de Bossuet y las de Belarmino; y entre las de los apologistas más modernos y los de los siglos que precedieron.

Según es diferente el estado intelectual y moral de los pueblos es necesario hablarles otro lenguaje; lo que es muy fácil al hombre civilizado, es inasequible al bárbaro; lo que para el sabio es muy llano, es inaccesible al hombre rudo. Hasta entre los pueblos civilizados es muy extensa la escala en que se hallan distribuidos; y según sea el desarrollo intelectual y moral á que hayan llegado, será preciso ofrecerles las ideas bajo distintas formas, y excitar de diferente manera sus sentimientos. ¿No estamos palpando esta verdad en el recinto de una misma población? ¿No experimentamos que un discurso muy acomodado para un auditorio escogido, será totalmente desproporcionado para la generalidad del pueblo? Expresiones que repugnan á aquél son muy agradables á éste; y rasgos que al segundo le arrancarán abundantes lágrimas dejarán frío al primero, y quizás le moverán á desprecio ó risa.

Si esto se verifica entre los habitantes de una misma ciudad, cuyas ideas, sentimientos y costumbres han estado en perenne comunicación, y que por necesidad han debido afectarse recíprocamente, ¿qué no sucederá con generaciones apartadas unas de otras á la distancia de largos siglos? Claro es que si se ha de obrar sobre los espíritus con suavidad y eficacia, ha de ser adaptándose á ellos, y tomando, por decirlo así, su carácter é inclinaciones.

Obstinarse en hablar á los hombres de hoy, como se hablaba á los de los siglos medios, sería ó desconocer completamente la naturaleza humana, ó empeñarse en inútil lucha con la realidad de las cosas.

Cuando se trata de defender la verdad, es preciso pelear en el terreno donde el adversario coloca la cuestión, si no queremos que se nos llame amigos de las tinieblas y del exclusivismo, y se diga que no somos capaces de sostener ventajosamente la lid, sino en el palenque que nosotros mismos hemos escogido, preparándole adrede con estudiadas ventajas que garanticen el triunfo de nuestra doctrina. Estos adversarios emplean también diferentes medios de ataque, según la variedad de tiempos y circunstancias; y esto lo hacen, no tan sólo con premeditación de un plan, sino también porque afectados del espíritu del siglo en que viven, echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que más se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

De estas consideraciones inferimos la indispensable necesidad de que los conocimientos del clero se hallen al nivel de la época, para que la causa del error no cuente con recursos de que escasee la verdad. Es preciso que los ministros de la religión se penetren de toda la gravedad é importancia de este deber, y de cuán necesario es que viviendo separados del siglo por la pureza de la vida y la austeridad de costumbres, no permanezcan inmóviles en medio de la marcha que en sus alrededores se verifica. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que no es inconcilliable la luz del entendimiento con la rectitud del corazón, que la ciencia no está reñida con la virtud, y que los eclesiásticos pueden muy bien tener la vista fija sobre el progreso intelectual, sin dejarse contagiar de la corrupción que á veces acompaña los adelantos.

El hombre encargado de enseñar á los demás las verdades más importantes, no debe quedarse rezagado en ningún sentido; así como debe servirles de modelo en la pureza de la vida, así debe también empuñar el cetro de la

inteligencia; porque es preciso confesar que la reunión de la santidad, de la sabiduría y del sacerdocio, forma un conjunto tan sublime, que á su ascendiente no pueden resistir hasta los espíritus más incrédulos. Obsérvese lo que acontece en el mundo, y se notará que donde quiera que existe esta admirable reunión de circunstancias, allí se dirigen los homenajes del público; y hasta los más dominados por preocupaciones contrarias á la religión, ó tributan un obsequio á la persona, ó permanecen en respetuoso silencio. Cuando los vándalos entraron en Hipona acataron los restos de San Agustín que acababa de fallecer; cuando ocupaba la Silla de Cambray el inmortal Fenelón, los jefes de los ejércitos se impusieron el deber de respetar el territorio del ilustre prelado.

Como los individuos del clero, por razón de su instituto han de vivir apartados del mundo, mayormente mientras se están formando en los seminarios, corren el peligro de acostumbrarse á un orden de ideas, sentimientos y hábitos, que nada tengan de semejante con lo que prevalece y domina en la sociedad que los rodea. Este inconveniente, nacido de la misma naturaleza de las cosas, sólo puede obviarse teniendo montados los sistemas de instrucción con tal arte, que los jóvenes al propio tiempo que se penetren del espíritu del Evangelio para arreglar á él sus costumbres, conozcan también el espíritu del siglo para dirigir acertadamente á los que viven en medio de él. Y no se crea que un sistema semejante sea de todo punto imposible: es difícil, sí, no lo negamos; pero con buena intención, con firme voluntad y perseverancia se superan los mayores obstáculos y se da cima á las más arduas empresas. No opinamos que este resultado deha obtenerse siempre por medio de largas disertaciones; hay cosas que más bien se sienten que no se entienden; y quizás un rasgo, una anécdota, una reflexión oportuna, un cuadro de costumbres, enseñan más sobre el espíritu del siglo que un abultado volumen.

Dos cosas deben contribuir al logro del objeto indicado:

los profesores, y los libros; y sobre unos y otros conviene fijar la atención escogiendo los más acomodados al intento. Por lo que toca á los profesores, es ciertamente lamentable que las cátedras de los seminarios estén dotadas tan infelizmente, que no sólo no se las pueda mirar como término de carrera, pero ni aun como un medio transitorio para ganarse la subsistencia. Quizás nos engañemos, pero en nuestro concepto pocas prebendas debiera haber que brindasen con más emolumentos y comodidades que las cátedras aun de los más pequeños seminarios; porque en no siendo así nadie quiere consagrarse á un trabajo tan asiduo y penoso, es mirada la enseñanza como accesorio de otro destino cualquiera, y á la primera oportunidad que se ofrece aprovecha el profesor la ocasión de salir de un estado tan precario. De esta manera, cuando un joven ha empezado á formarse y á manejar las materias con soltura y desembarazo, abandona el puesto que en adelante habría ocupado con fruto, y es sustituido por un inexperto, que va á ensayar sus limitados conocimientos por espacio de pocos años, para seguir á su vez el camino de su antecesor cuando su capacidad comience á extenderse y adquiera más habilidad y tacto para hacer adelantar á sus discípulos.

Pocos son los hombres á propósito para enseñar bien; y aun los que han recibido de la naturaleza este don precioso, no lo emplean con acierto sino después de mucha observación sobre el efecto que producen los diferentes métodos. Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reúnen en torno de una misma cátedra alumnos de índoles tan distintas, que sólo á fuerza de un tacto exquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada experiencia, puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no excedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien á los de comprensión aventajada. Es preciso coordinar los pensamientos de tal suerte, que mientras sean para los de corto talento como una cartilla que les sirva de modelo, sean también fecun-

da semilla para los que estén dotados de una capacidad vasta, y se sientan inclinados á meditar por sí mismos los objetos de la enseñanza.

Las ciencias eclesiásticas presentan bajo este punto de vista terribles dificultades; cuando se las quiere presentar de manera que, sin perder nada de su verdad y gravedad, puedan ofrecerse á los ojos del público sin causar extrañeza, antes llamando la atención por su dignidad y lustre, se encuentran tales embarazos que sólo puede deshacerse de ellos una mano muy ejercitada. Entre varias razones que quizás podrían señalarse, es en nuestro concepto una de las principales el que los estudios eclesiásticos si han de ser sólidos y profundos, han de hacerse no sólo con los libros modernos, sino con los antiguos. Así por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latín y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas; y así es que está en peligro de acostumbrarse á vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando á sus ideas una dirección que nada tiene que ver con la que generalmente reciben las de los educados en medio del bullicio del mundo.

Cuando la Religión dominaba completamente la sociedad, y la tenía, por decirlo así, bajo su tutela, cuando la clase eclesiástica era la primera en todos los órdenes, ejerciendo bajo distintas formas un poder político, y poseyendo la preeminencia en las ciencias y en las letras; formado un alumno en los seminarios adquiría allí mismo en cierto modo el espíritu del siglo. La literatura, la filosofía y las facultades mayores á que se dedicaba en el colegio, eran las mismas que se estudiaban en las universidades y demás establecimientos públicos. Ahora introducido el divorcio entre la política y la Religión, esparcido por la sociedad el escepticismo, habiendo desaparecido la afición á las ciencias eclesiásticas y cundido cierto desvío por todo lo que tiene visos de disertación de escuela, resulta que el

joven que sale de un seminario donde no se hayan tenido en consideración estos hechos se encuentra con un mundo que ni le comprende, ni es comprendido por él; con unos sabios que hablan otra lengua, y que nada entienden del idioma de los sabios de otras épocas, único que conoce el recién venido; si ataca á algún adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizás profundamente sabios, pero cuyo sentido el contrincante no alcanza, por ser aquella la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un joven de talento muy claro, de dilatada instrucción y profundo saber, se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de excelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del día.

Por estas razones es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la dirección de los establecimientos de enseñanza eclesiástica, procuren por todos los medios posibles que la instrucción y la ciencia, sin perder nada de su exactitud y solidez, sin contagiarse de esa especie de disipación y vaguedad, que es uno de los achaques de que adolecen los conocimientos de nuestra época, la misma ciencia, repetimos, de San Agustín, de Santo Tomás, de Belarmino, de Suárez, de Melchor Cano, se revista á los ojos del mundo con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos; es preciso que la exposición de las mismas ideas se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos; que las fuentes de argumentación, cuando se haya de apelar á la razón natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insubstancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aun cuando no se le apruebe, es necesario conocer que existe, y obrar conforme á las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñarse en no tenerle en cuenta, proceder como si no existiese, es luchar contra

la fuerza de las cosas, es condenarse á vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de acción sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la Religión, armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron también al orden científico aquella regla del Apóstol, *de hacerse todo para todos para ganarlos á todos.*—J. B.

## EL SOCIALISMO.

### ARTÍCULO 1.º

El *Socialismo*, ó bien aquella escuela que se propone destruir el orden social existente, constituirlo sobre nuevas bases y arreglarlo con diferente norma, es objeto digno de la meditación de todos los hombres pensadores y amantes de la humanidad. Porque se equivocaría grandemente quien considerase á estos novadores como despreciables fanáticos que víctimas de una ilusión exagerada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora, y probablemente se mantendrán por mucho tiempo, en la esfera de simples teorías; mas la semilla que ellos arrojan al acaso se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos.

Que las ilusiones de esa escuela no son para despreciadas, lo indica la repetición de sus apariciones en diferentes tiempos y países, y el que el mal éxito de los proyectos del innovador no desalienta á los que intentan sucederle ó imitarle. Hay empero en la actualidad una circunstancia

notable, y que no deja de ser alarmante. En todas épocas se han visto hombres que soñaban una nueva república, fundada sobre principios muy diferentes de los en que escribaba la sociedad en que vivían. Pero estos filósofos no salían por lo común de la esfera de tales; contentábanse con meditar en el retiro de su gabinete, con pasearse en espíritu por mundos imaginarios; y lo más á que se atrevían era escribir un libro, que más bien publicaban como obra de instrucción y pasatiempo, que no como proyecto realizable. No ha sucedido así en nuestro siglo, pues que los reformadores no han querido resignarse al papel de utopistas, sino que empeñados en hacer aplicaciones de sus ideas se han erigido en fundadores y directores de una sociedad nueva, enteramente calcada sobre los principios que ellos excogitasen.

Examinando este fenómeno en sí, é investigando las causas de tamaña diferencia, las encontraremos en el inmenso desarrollo que en todos sentidos ha tenido el espíritu de libertad; en esas tendencias democráticas que forman uno de los caracteres de nuestra época; en esa excentricidad de los entendimientos que carecen de toda idea fija que pueda servirles de polo; en ese vuelo de los sentimientos y de la fantasía que se complacen en salir del mundo real y en divagar por regiones imaginarias; en ese profundo malestar, en esa inquietud febril que trabaja los ánimos y mucho más á los hombres de genio, después que se han hundido en ellos las creencias religiosas, y se ha arrebatado al triste mortal la esperanza de mejor vida más allá del sepulcro.

Ahora el pensamiento no se contenta con permanecer oculto en el bufete del sabio: teniendo á la vista la experiencia de la realización de otros que le parecen más arduos, apenas concebido forceja por descender al terreno de la práctica. Borrados los límites de la verdad y del error, de la justicia é injusticia, se encuentra detenido por leves rayas que separan lo conveniente de lo dañoso, tiradas muchas de ellas por los mismos hombres que des-